



## JUAN CESARABEA (Manuel Suárez)

Juan Cesarabea, seudónimo de Manuel Suárez García, es un madrileño de ascendencia asturiana, que cumplirá en junio cuarenta años de edad. Su biografía registra numerosas experiencias humanas: alumno de bachillerato en los Calasancios de Porlier, hubo de simultáneas sus estudios con el trabajo en una oficina a partir del cuarto curso. Después ingresó en la Universidad, cursando por enseñanza libre la carrera de Derecho, que no llegó a terminar. Aún le queda pendiente una asignatura: Derecho Mercantil, de segundo.

Entra a formar parte, más adelante, de la plantilla del editor Aguilar, siendo destinado a la sección de «Cartografía», donde continúa. Paralelamente se viene consagrando a la traducción de libros para distintas casas editoras. Ha vertido al castellano obras de literatura, sociología e historia, entre ellas una de Mannheim, otra de Dickens, las «Memorias» de Casanova, la «Historia de las relaciones internacionales», la «Historia del sindicalismo americano», etc.

Hombre modesto y poco amante de la publicidad, Juan Cesarabea se ha venido dedicando a escribir en sus horas de ocio y no suele frecuentar las tertulias literarias ni asistir a los acontecimientos «sociales» del mundo de las letras. Tiene una novela apenas iniciada y una obra de teatro, «La misión de Vega Ancha», ya concluida y en espera de estreno. El cuento «Smashing up!», con el que ha ganado nuestro premio —cuya acción se desarrolla en los días del bloque impuesto por Norteamérica a los cubanos, el año 1962—, es su primer trabajo publicado.

**M**ISTER Douglas salió de su casa del barrio de la Concepción como todos los días: casi corriendo, sin importarle nada que sus largos brazos oscilaran en el aire como las mangas de un traje vacío y sonriendo con los ojos sin causa evidente.

Mister Douglas montó en su gran coche embarrado y lleno de abolladuras, arrancó y, al llegar a la esquina, redujo la marcha para saludar con la mano a Matilde y Litelton, que le despedían como siempre desde la ventana de la cocina.

Cuando el coche se perdió de vista, bamboleándose entre los baches de la calle, Matilde se metió. Y después de llevar a Litelton a su cuarto lleno de juguetes, banderines escolares, trastos de base-ball y hasta un balón ovalado, casi tan grande como el niño —el impaciente mister Douglas había comprado la mayor parte de las cosas para cuando Litelton se convirtiera en Tom Douglas, Jr., dentro de diez o quince años—, Matilde se tumbó en la cama y se puso a pensar.

\* \* \*

Pensar, dijera lo que dijera Tom, era sufrir. Por eso, cuando Tom se ponía a pensar, con las cejas juntas, los ojos entornados y relamiéndose los labios, ella decía:

—No pienses más, Tom. Todo se arreglará.

Tom quería convencerla de lo bueno que era pensar. Decía, moviendo mucho sus manos enormes y delgadas:

—Sin pensar, Guel, tú, yo, Litelton, toda la gente, bestias, como mulas y perros y ansó. Pensar es bueno, cabesita Guel.

A ella, su experiencia le decía otra cosa. La primera vez que tuvo que pensar en su vida fue al morir la tía Adela: se quedó sola en el pueblo, en el invierno, sin saber dónde comer ni dónde calentarse. Gracias a la Virgen, todo acabó por arreglarse —eso también se lo había enseñado su experiencia—, y el tío Roque, un paisano, se la trajo a Madrid, a servir. Luego, una Nochebuena, que la pasó en casa del baboso, del puerco del tío Roque, éste se metió en la cama con ella, sin importarle un pito su mujer... Y otra vez a pensar, a sufrir. Luego... cuando fue una pérdida, también pensó lo auyo. Luego conoció a Tom y ya creyó que nunca tendría que volver a pensar.

Y precisamente cuando todo iba bien, llegaba aquello del ¡emasing ap!, como decía Tom. (Lo dijo chistando suavemente, primero, «Chissss-masssing», y luego el «¡ap!», muy brusco, como un eructo, y al decirlo abrió mucho los ojos, retorció entre sus manos sabe Dios qué amasijo, y rechinó los dientes.) ¡Emasing ap!

Esta vez ni siquiera la Virgen podría arreglar nada. ¡Emasing ap! era morir Tom y ella y Litelton. Peor era morir ella y Litelton allí, en el piso del barrio de la Concepción, y morir Tom lejos, en la Base o en el cielo negro —porque sería por la noche— o sabe Dios dónde. Sin poder abrazarse los tres.

—Todos morir swift, rápido, sin dolor, sin sangre. Tú, Guel, sufrir nada, nada Litelton, nada. Yo, nada. El sol, sabes, gran sol encima nuestro. Toda la gente morir de luz. Gran, gigante luz. Pero luz no duele, Guel, dulce querida. Nada dolor. Yo juro serio por Litelton. Yo siempre verdadero.

Bueno, sería verdad. Tom lo sabía todo y no mentía nunca. Lo horrible era esperar la luz maldita cada uno por su lado...

Matilde se levantó, fue a buscar al niño y se tumbó otra vez, abrazada a él.

Los tres juntos y solos sería, por lo menos, un consuelo. Los tres juntos y solos como siempre. A ella ya no le importaba, pero sabía muy bien por qué era esa soledad. Era porque Tom era negro. Por eso tenía pocos amigos en la Base: por eso, ella no tenía amigas en la vecindad. Nunca le habían dicho nada ni Angelita, la mujer del policía; ni doña Remedios, la madre del funcionario sindical; ni siquiera Lupe, la portera; pero la miraban con ojos que decían: «Mira que casarse con un negro». O quizá era aprensión suya nada más. Porque el niño, que también era negro, jugaba con los demás vecinitos, en el patio ajardinado de la casa, tan feliz y revoltoso como si fuera blanco también.

¡Ya quisieran muchas cambiar sus maridos blancos por Tom! Pero era natural que les pareciera extravagante. A ella misma, si le hubieran dicho cuando le conoció que acabaría casándose con él, se hubiera echado a reír. Negro como la tinta y, además, raro: desgarbado, con la cabeza apegada; cuando andaba, parecía que se iba a desencuadernar, que las piernas y los brazos se le iban a desencuadernar, para volar por el aire cada cosa por su lado.

Pero era un hombre. Y su casa —su casa— era caliente y tenía nevera, televisión, comida abundante, y él era bueno, limpio y fuerte. Matilde se había acostumbrado tanto a Tom, y después a su hijo negro (que, mira por dónde, se parecía al padre de ella, pero era negro), que casi se sentía negra también. Bueno, hubiera querido ser negra para no llamar la atención y —era para echarse a reír—, a veces, recordada que era blanca al mirarse al espejo.

Si la gente supiera que Tom era más raro por dentro que por fuera... Lo más raro de Tom era su manera de ser. Más raro, mucho más raro por dentro que por fuera.

Matilde estaba acostumbrada a que los hombres no asustasen a las mujeres. Las mujeres no tenían por qué saber de guerras, ni de jaleos políticos, ni de líos de escuelas americanas donde no dejaban entrar a los amigos de Tom. Si Tom no fuera tan raro, se hubiera ido a la Base, como otras veces, sin decirle nada. Y así, si llegaba el ¡emasing ap!, como no iba a dolerle, Matilde ni se hubiera enterado. Y no estaría pasando ahora lo que estaba pasando.

—Guel, ahora grande, verdadera guerra. Mejor saber. Mejor mirar guerra con ojos grandes y abiertos.

—Manías tuyas.

—No, cabesita Guel, ahora yo marchar Base y quedar encerrado. Y, si es guerra, es gran muerte también. Guerra, Guel, es ¡emasing ap!, todo en redondo.

—¿Por qué me asustas? —había dicho ella, enfadada—. Si hay guerra, que haya. Yo no la voy a parar ni tú tampoco. ¿Para qué nos vamos a atormentar?

—Tú, Guel, Matilda, mujer pequeña y tonta. Tú querer morir como bestia, como mula y perro y ansó. Yo no dejarte. Si nosotros morir, morir hombre y mujer pensantes, no bestias... Pero yo no enfado. Yo pedir perdón a ti, Matilda. Ser muy malo saber uno solo... Yo tener que decir alguien. Yo querer Matilda piensaa, piensa. Cabesita Guel, dulce querida.

Y Tom, jadeando como si fuera a llorar a todo trapo, la abrazó desesperadamente, hasta hacerle daño.

Pero Matilde debía estar ya acostumbrada a las rarezas de Tom. Leía mucho: leía libros y periódicos que le mandaban de los Estados Unidos. Escribía en gruesos cuadernos sabe Dios qué. Le gustaba poco divertirse: ir al cine, al baile, al campo, a las piscinas. Parecía un hombre muy serio. Pero se tiraba por el suelo para jugar con Litelton y daba ruidos o hacía cabriolas, jugando con el erio a leones y enballos salvajes. Y, de pronto, dejaba de revolcarse y se ponía a estudiar español, como si alguna vez pudiera llegar a hablarlo bien.

Claro que a ella todas esas rarezas le tenían un poco sin cuidado. Ella le entendía al hacer el amor. Le entendía en el cine, en las tiendas, en las cafeterías y —qué cosa más curiosa— cuando cantaba.

Tom sólo cantaba en el cuarto de baño. Entonces, ella paraba la radio o el televisor y, sin que él lo supiera, se ponía a escuchar aquella voz cavernosa y dulce y se iba poniendo triste, pero —y eso era lo más curioso— con una tristeza feliz, al oír aquellas canciones lentas que sabe Dios qué querían decir...

¿Crearía Tom en la Virgen y en Dios? Matilde no estaba segura. Cuando ella enseñaba a rezar a Litelton,